

Dario Fo

Lucrecia Borgia, la hija del Papa

Traducción del italiano de
Carlos Gumpert

 Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

Preámbulo 11

Con los pies juntos en el barro 11 – Fiestas elegantes con mujeres gentiles 14 – La clemencia y el indulto son una garantía para el poder 16

Primera parte 19

La tómbola bendita 19 – Una familia ideal 26 – Una historia de amor imposible. Pero sin red 34 – El matrimonio es la piedra angular que sostiene el arco bajo el que prosperan las intrigas más sobrecogedoras 38 – El rey títere con andares de marioneta 40 – Un rey debe saber inclinar la cabeza de vez en cuando, sobre todo ante vigas demasiado bajas 45 – Lucrecia ha desaparecido. ¿En fuga acaso, secuestrada? ¡Quién sabe! 49 – Y llegados hasta aquí hay que preparar otro libreto. Y cuidadito que el resultado no sea una farsa 54 – Lo grotesco es el medio más eficaz para alcanzar la sabiduría 56 – En Roma, todo lo que se tira aparece flotando en el río al cabo de poco tiempo 60 – ¡No busquen la libertad los pávidos, pidiéndosela

a quienes ostentan el poder! 61 – El santo vuelco 67 –
Quien se haya decidido por la redención del pecado
que se prepare para subir al púlpito del suplicio 72 –
Un encuentro de amor realmente impredecible 75 –
Para seguir la senda del cielo basta con saber leer el
movimiento de los astros 82 – Nápoles es hermosa de
día bajo el sol más ardiente, y por la noche con y sin
luna, pero por encima de todo Nápoles es maravillosa
cuando se está enamorado 91 – Peleas de enamorados
93 – El juego de los intercambios 98 – Señales de
desbarajuste 103 – La luna negra a menudo sale dos
veces 106 – El retrato sincero de un pueblo 111 –
Rindiendo cuentas... Por no hablar de los privilegios
112 – Todos los caminos, incluso los más intransitables,
conducen a Roma 113 – La Papisa a prueba 124 – La
casamentera de sí misma 129 – *La leçon des italiens* 135
– Es desde fuera por donde puede intuirse el interior,
tanto en el caso de los hombres como de los edificios
138 – Las turbulencias de lo fantástico 141 – Nunca se
prestan cañones a quien puede servirse de ellos para
disparar contra nosotros 143 – Escribiendo palabras
que hechizan 150 – Una invitación a un banquete para
servir ataúdes 154 – Charlando con cadáveres 156 –
Habla de amor y camina con el renqueante 160 –
Dejar de sentir deseo sería el peor de los castigos
161 – Batirse como guerreros disfrazados de marionetas
164 – La mujer pálida vestida de negro se presenta
siempre sin llamar a la puerta 170 – Los niños no
aprenden de nadie a reconocer el olor de su madre 172

Segunda parte

179

Llegar al final de la vida no es suficiente para asegurar que uno se vuelva más espabilado 179 – *À la guerre comme à la guerre* 183 – El telón, cuando cae, no es capaz de secar las lágrimas 187 – De una enemistad entre mujeres también puede nacer un gran afecto 190 – La liberación de los prisioneros 193 – Importante es cómo se abre una vida, pero más importante aún es cómo conseguimos cerrarla 201 – El adiós más doloroso es el del sabio que te deja para siempre 207 – Escribir notas acerca de lo que te sucede sirve a menudo para conservar en la memoria solo los mejores momentos 211 – Una mujer que no concede atenuantes ni rebajas 213 – Las malas noticias a menudo vienen en racimos. Algunas amargas; la mayoría, pésimas 215 – Las personas con ingenio nacen cada vez en número más limitado 217 – Sacad la picadora de carne, después distribuiremos los trozos: quien sea más rápido y despiadado se llevará los mejores bocados 219 – Cómo apañárselas en una comedia grotesca, sin máscara 221 – Al principio lo llamaban «mal francés», más tarde, «mal español», en el siglo XVI lo llamaron «la medalla del general» 230 – ¿De qué sirve ser rico si no tiene uno pobres a su alrededor para compadecerlos? 233

Bibliografía

241

Galería de personajes

243

Preámbulo

Con los pies juntos en el barro

Sobre la vida, los triunfos y las atrocidades más o menos documentadas de los Borgia se han escrito y puesto en escena óperas y piezas teatrales, se han realizado películas de exquisita factura, con actores famosos y, recientemente, se han emitido incluso dos series de televisión con extraordinario éxito.

¿Cuál es la causa de tanto interés hacia el comportamiento de estos personajes? Sin duda alguna, la impúdica carencia de higiene moral que se les atribuye en todos los avatares de sus vidas. Fue la suya una existencia desenfrenada, tanto en su comportamiento sexual como en su actuación social y política.

Entre los grandes escritores que nos han relatado los dramas, los cinismos y los amores de esta poderosa familia se cuentan, por ejemplo, Dumas, Victor Hugo y Maria Bellonci. Pero uno de los más conocidos es John Ford, dramaturgo isabelino de principios del siglo XVII, que llevó a la escena *Lástima que sea una puta*, casi con toda seguridad inspirada en las supuestas aventuras de Lucrecia Borgia y

su hermano César, quienes, según asegura la leyenda, eran amantes. Nuestra amiga Margherita Rubino, que ha llevado a cabo una investigación sobre los dramas escritos en tiempos de los Borgia, ha descubierto a otros dos autores, Giovanni Falugi y Sperone Speroni, que tratan el asunto enmascarándolo tras una supuesta fuente romana, nada menos que tomada de Ovidio.

De lo que no cabe duda es de que, si separamos limpiamente del Renacimiento italiano la historia del papa Alejandro VI y sus allegados, obtendremos una saga inquietante, donde los personajes actúan sin el menor respeto hacia sus adversarios ni, a menudo, hacia sí mismos.

La víctima llamada una y otra vez a ser inmolada, desde su misma infancia, es sin duda alguna Lucrecia. Es ella la sacrificada a la menor oportunidad sin una sola pizca de piedad, tanto por su padre como por su hermano, en la vorágine de los intereses financieros y políticos. Lo que pueda pensar la dulce muchacha no les preocupa en absoluto. Por otra parte, no es más que una mujer, juicio que valía lo mismo para un padre y futuro Papa como para un hermano que llegará a cardenal. De hecho, en ciertos momentos, Lucrecia es solo un paquete con pechos redondos y estupendas nalgas. Ah, se me olvidaba, también sus ojos están cargados de hechizo.

Pero los horrores en Italia no se producían con tanto estrépito únicamente en tierras romanas. Como ejemplo podemos detenernos brevemente en Milán para presentar a los Visconti y a los Sforza, con quienes nos toparemos varias veces, y en papeles estelares, en el curso de nuestro relato.

En 1447 muere Filippo Maria Visconti sin dejar herederos varones, tan solo una hija ilegítima, Bianca Maria, que es reconocida en tal ocasión con el fin de que pueda convertirse en esposa de Francesco Sforza, cuyo padre, un soldado de fortuna, tenía orígenes plebeyos. Su padre, en efecto, era molinero. Y así es como nace una nueva dinastía. La joven esposa da a luz a ocho niños, incluyendo a Galeazzo Maria y a Ludovico, a quien con el tiempo se le conocería más como «el Moro».

Galeazzo Maria era, como se dice en Nápoles, un *sciupafemmene*, es decir, alguien consagrado a aventuras galantes con mujeres nobles y prostitutas. Este comportamiento suyo le granjeó una notable cantidad de enemigos, tanto es así que fueron muchos los confabulados en su asesinato. Fue apuñalado a la salida de la iglesia de Santo Stefano exactamente el día en que se conmemora a dicho santo, el 26 de diciembre de 1476, a manos de Giovanni Andrea Lampugnani, Gerolamo Olgiati y Carlo Visconti, apodado «el Bastardo». ¡Cuántos conspiradores, ni que fuera Julio César!

A la muerte de Galeazzo Maria habría debido sucederle su hijo Gian Galeazzo, de tan solo siete años. Pero el Moro, con el apoyo de los franceses, asume la regencia y se aprovecha de la tierna edad de su sobrino para ampliar enormemente su propio poder. Aunque su ánimo criminal no se detiene ahí. Con el fin de desembarazarse definitivamente de su rival, decide envenenarlo poco a poco, de forma que nadie pueda acusarlo de su asesinato. El muchacho, como cabría esperar, acaba por morir al cabo de una larguísima agonía, y Ludovico el Moro, llorando lágrimas de desesperación ante el ataúd de su sobrino, hereda el ducado de Milán.

¿Por qué estamos hablando de esta familia? Para empezar, porque el Moro se casará unos años después con Beatriz de Este, cuyo hermano Alfonso, también de Este, se convertirá en esposo de Lucrecia Borgia. Pero el parentesco no termina ahí, ya que Isabel de Este, hermana de Alfonso y de Beatriz, se casará con Francisco Gonzaga, marqués de Mantua, quien, como veremos, tendrá bastante que ver en ciertas habladurías sobre nuestra Lucrecia. Y si lo pensamos bien, ni siquiera ahí se cierra el círculo.

Al objeto de que todo el mundo pueda entender el clima que se vivía a finales del siglo xv en Roma y en toda Italia, es aconsejable, antes de empezar, recordar unos cuantos hechos más. A tal propósito, viene a colación la carta que un joven que acababa de ser consagrado obispo le escribió a un compañero suyo de seminario.

Fiestas elegantes con mujeres gentiles

El prelado describe un banquete papal durante el cual las *bonae femmene*, es decir, cortesanas de alto rango invitadas a la ceremonia, se exhiben en una competición de danza en la que se agachan hasta tocar con sus nalgas el pavimento, donde se habían distribuido unas velas aromáticas encendidas. Cada una de las bailarinas, levantándose con naturalidad la ropa, apaga la vela y se incorpora después aferrando con su sexo lo que se conoce como cabo, procurando no dejarlo caer. Aplausos, desde luego, no les faltaron.

Para acabar, un último episodio digno de mención que nos conduce directamente al umbral de nuestro relato: el 23 de julio de 1492 el papa Inocencio VIII entra en coma y se aguarda su muerte en el curso de unos días.

De él decía Savonarola, azote de obispos y papas: «[El pretexto del] arte es la misma condenación que está profanando el trono de San Pedro en Roma [...]. Estamos hablando del papa Inocencio VIII, en cuya existencia la única cosa inocente fue su propio nombre».

Sin embargo, Dumas¹, quien escribió una maravillosa historia de los Borgia y de los papas que los precedieron, nos dice que era conocido como el «padre del pueblo» debido a que, gracias a su actividad amatoria, había aumentado el número de sus súbditos en ocho hijos varones y ocho hembras² –en el curso de una vida pasada con gran voluptuosidad–, por supuesto con diferentes amantes. Lo que no se sabe es cómo las elegía porque, como es bien sabido, padecía una miopía espantosa. Tanto es así que había contratado a un obispo acompañante que, a cada encuentro, le susurraba el nombre, el sexo, la edad y las características físicas de quien le estaba besando el anillo.

Hay que reconocer, sin embargo, que este papa-pecador tenía un elevado sentido de la familia. Sus atenciones para con sus hijos han de ser juzgadas más como actos de amor que de indigno nepotismo.

¹ Alexandre Dumas, *I Borgia*, Sellerio, Palermo 2004.

² *Ibid.*, pág. 19.

En efecto, fue capaz de elegir a las parideras más adecuadas –para que su estirpe se prolongara de la mejor manera posible– entre las hijas de hombres poderosos e ilustres, empezando por la infanta favorita de Lorenzo de Médici, que acabó desposada con su primogénito Franceschetto Cybo. Así como otros jóvenes de las familias más ilustres de Italia para sus numerosas hijas.

Jacob Burckhardt describe en su libro *La cultura del Renacimiento en Italia* algunos interesantes aspectos de la conducta de Inocencio VIII y de su Franceschetto: los dos, según cuenta, «llegaron a erigir incluso un banco de gracias temporales, con las que, a cambio del pago de gravámenes considerables, podía obtenerse la impunidad por cualquier crimen, incluido el asesinato: de cada enmienda absolutoria, ciento cincuenta ducados correspondían a la Cámara papal; el resto, a Franceschetto.

»Y de esta manera, Roma, especialmente en los últimos años de aquel pontificado, bullía por todas partes de asesinatos y [delincuentes] protegidos [y con la impunidad garantizada]».

La clemencia y el indulto son una garantía para el poder

Pero lo que más nos interesa es que a este grupo ya bien nutrido de canallas se agregan, en ese mes de julio de 1492, otros doscientos y pico. Puede parecer paradójico, pero ahí está: más de doscientas víctimas, y por consiguiente otros tantos asesinatos, en unas pocas semanas, una detrás de otra.

¿Por qué razón una masacre de tales dimensiones?

Pues se explica fácilmente: cada vez que muere un Papa se producen en Roma un montón de homicidios debido a que, por una secular tradición, al final de cada cónclave en el que se elige al nuevo papa se concede la gracia a cualquiera que haya cometido un delito en los días de interregno. De modo que todos los que albergaban en su ánimo propósitos de venganza aprovechan el trono vacante para darse el gustazo, matar hoy para salir libre mañana, y todo gracias a una segura indulgencia plenaria. ¡Qué buenos tiempos aquellos!

Y ahora, con el clima de la época ya más claro, es precisamente a partir de esta muerte concreta de un papa, y de lo que aconteció inmediatamente después, por donde vamos a comenzar.